



## Norteamericanos, también

JOSÉ MANUEL GARCÍA MARGALLO  
MINISTRO DE ASUNTOS EXTERIORES

**E**l General De Gaulle empieza sus Memorias con una contundente declaración de principios: «Siempre he tenido una idea clara de Francia, y me la dictan tanto la razón como el sentimiento». Si tener una idea clara de España –y sentir-la– es requisito indispensable para cualquier político, en política exterior son necesarias además otras cuatro reflexiones previas: identificar nuestros objetivos; diagnosticar amenazas y oportunidades; calibrar los medios disponibles; y arbitrar métodos de evaluación que nos permitan adaptarnos a una realidad cambiante. De este análisis podemos concluir que el éxito de la política exterior española depende de nuestro anclaje en dos realidades: la Unión Europea y los Estados Unidos de América. Centrados en estas dos referencias será más sencillo transitar por los diferentes ejes tradicionales de nuestra acción internacional: Norte de África, Iberoamérica, África Subsahariana y esa realidad emergente que llamamos Asia-Pacífico.

Con Estados Unidos compartimos valores, historia, y cada vez más, un idioma común. Del mismo modo que los 20 reales españoles eran aceptados en las 13 colonias originales de Estados Unidos con idéntica naturalidad que la libra inglesa, hoy la española es la lengua materna de hasta 52 millones de norteamericanos. Al servicio del español trabaja el Instituto Cervantes. Hoy el objetivo es aumen-

tar su masa muscular sin comprometer más recursos públicos, para lo cual hemos suscrito recientemente un convenio con la Secretaría de Relaciones Exteriores de México que permitirá al Cervantes utilizar los centros culturales mexicanos en Estados Unidos, y también hemos puesto en marcha el Observatorio sobre Lenguas y Cultura en español, con sede en Harvard.

La economía constituye el segundo nexo que nos une al amigo trasatlántico. Estados Unidos es nuestro primer socio comercial fuera de la Unión Europea, nuestro sexto cliente a nivel mundial y nuestro séptimo proveedor. Las exportaciones españolas a Estados Unidos aumentaron en 2012 un 14%, tras crecer otro 20% el año precedente. Este aumento se traduce en que las inversiones españolas en Estados Unidos ascendieron el pasado año a 48.000 millones de euros, mientras que las americanas en España superan ya los 43.000 millones de euros. Inversiones que se concentran además en sectores de tecnología punta y necesitadas de un alto nivel de gestión: energía eólica, energía solar e infraestructuras de transporte. España impulsa también el Acuerdo Trasatlántico de Comercio e Inversión entre la Unión Europea y los Estados Unidos, que facilitará aún más nuestras relaciones económicas. La Marca España goza por tanto de buena salud en Estados Uni-

dos, impulsada por la lengua y el comercio. El Convenio de Cooperación para la Defensa, así como nuestro compromiso mutuo con la Alianza Atlántica, son otras evidencias de nuestra sincera amistad.

Quisiera terminar con una referencia a nuestra historia común, una historia relativamente desconocida tanto para españoles como para norteamericanos. Para remediar esta carencia, hemos puesto en marcha una Comisión Nacional para las Conmemoraciones de la Nueva España, un virreinato que incluía casi una tercera parte de lo que hoy son los Estados Unidos: California, Nevada, Utah, Wyoming, Colorado, Tejas, Nuevo Méjico y Arizona. Echando la vista siglos atrás, ¿con qué quisiera yo que simpatizara, de esa historia, un estadounidense? Me gustaría que lo hiciera con quienes fueron audaces, y me viene a la mente Juan Ponce de León. Me gustaría que se identificaran con quienes construyeron allí escuelas e iglesias, como fray Junípero Serra. Y me gustaría que simpatizaran también con quienes levantaron allí ciudades, acordándome de Menéndez de Avilés. Nombres a los que agradecer el enorme crédito de nuestro vínculo actual, que realzan estos días SSAARR los Príncipes de Asturias en su visita oficial a California y Florida.

Cuando Humboldt se encontró en la capital del Virreinato de Nueva España con un hombre blanco, le preguntó: «¿Es usted español?» A lo que respondió el interpelado: «Soy español americano». Ese precioso sentimiento, aún hoy vigente, autoriza a decir hoy a los Estados Unidos: «también fuimos españoles americanos», y a nosotros a responder: «también nosotros fuimos norteamericanos».